

herir la generosa conducta y recto proceder de los que consagran su vida al consuelo y al alivio de la humanidad doliente y afligida; y sus mentidas calumnias son doblemente criminales. Por lo demás, se sabe bien que la calumnia es el punible y bajo recurso de la cobardía y de la vil impotencia. ¡Ah! el inicuo se siente sin fuerzas para la virtud que aprecia en el fondo de su corazón, y se venga en denigrarla!

Nosotros preguntamos á esos sofistas calumniadores, ¿hay alguno entre ellos de tan piadoso corazón y de sentimientos tan humanitarios que se atreva á ocupar el puesto de un cura de aldea durante una crisis alimenticia, á la cual por lo común y como remolcada por ella se une una contagiosa epidemia?

«¿Quién de nosotros, filántropos soberbios, decía Chateaubriand en medio de su extravío religioso (1), haciendo justicia al cura católico, ¿quién de nosotros querría, durante el rigor del invierno y la espesura de las tinieblas, que le despertasen á media noche para ir lejos á llevar al campo el Dios de la vida al mendigo próximo á espirar sobre la paja? ¿Quién de nosotros querría quebrantar á cada paso el corazón con el espectáculo de la miseria, y sin poder socorrerla? ¿ver rodeado al infeliz de su familia reunida, «cuyas enjutas mejillas y apagados ojos anuncian el ardor del hambre y de todas las necesidades? ¿Queremos seguir al cura de una ciudad á la morada del crimen y del dolor, «para consolar el vicio y la impureza bajo sus formas más desagradables, para verter la esperanza en un corazón desesperado? ¿Quién de nosotros querría, por fin, segregarse del mundo de los dichosos para vivir eternamente entre los padecimientos, y no recibir al morir por tantos beneficios sino la ingratitude de los pobres y la calumnia de los ricos?»

Así, pues, aun suponiendo que la institución de la confesión nada tuviese de divina, y que fuese en realidad una invención de los sacerdotes ó de los políticos, no debieran los sofistas impugnarla, si aprecian y estiman como deben el bienestar y la dicha de su respectiva patria; porque en último caso, aun cuando puramente humana, la confesión católica sería la mejor y la más hermosa de las instituciones

(1) *Ensayo sobre las revoluciones.*

morales y sociales de que pudieran gloriarse los hombres. La escuela ecléctica y la del progreso, que tan lisonjero porvenir prometen á las sociedades, están en el caso de poner á prueba la divinidad de la confesión. Que perfeccionen esta institución ó inventen otra mejor y más eficaz en sus efectos, y la crearemos de origen humano.

Si la confesión católica es una institución eminentemente ventajosa á la sociedad en general, no es menos útil y provechosa al individuo en particular; siendo ella un poderoso freno del crimen, contribuye á libertar la vida del hombre del puñal asesino, á sustraer á su hacienda de una mano rapaz, y á poner su honor á cubierto de la lengua calumniadora. Ella aparta de él aquel sobresalto en que naturalmente constituye al hombre la facilidad y la frecuencia del crimen, que reprime y disminuye, y hace que sus semejantes no le inspiren un recelo lleno de inquietud y sobresalto, sino una confianza amistosa. En fin, ella le escuda contra la malicia y la malevolencia humana.

Por otra parte, ¿qué consuelo tan grande no experimenta el hombre culpable cuando ha descubierto su pecho al ministro del Señor que le extrae las espinas que punzaban su corazón! Leibnitz, á quien ya hemos citado, y cuyo testimonio al hablar de los dogmas católicos no será recusable ante los protestantes, no pudo menos de asombrarse de esta institución, hacer su apología y reconocer su grande influencia consoladora.

Tal es la condición del hombre, que suaviza sus penas y calma sus dolores con la simple enumeración que de ellos hace á sus semejantes. Pues, ¿qué será cuando á esta enumeración sigue la medicina que los cura y el preservativo que de ellos le resguarda? Si alguna pena oculta ó tristeza profunda nos aflige, deseamos con ansia participársela á nuestro amigo, por el alivio que esperamos de esta comunicación. ¿Cuánto mayor será, pues, este alivio cuando el amigo destierra de nosotros aquella pena ó tristeza en seguida que se la participamos? ¡Ah! ¡Cuántas veces no puede esperar el desgraciado el consuelo de sus amigos, bien por la dureza ó inconstancia de ellos, ó bien porque la pena sea causada por algún crimen social oculto que la prudencia impida revelarles! Y si no fuera por la confesión, ¿dónde hallaría entonces este infeliz el consuelo?

«Sin esta saludable institucion, dice Chateaubriand (1), «los hombres culpables se llenarian de despecho. ¿En qué seno descargarían el peso de su corazón? ¿en el de un amigo? ¡ay! Y ¿quién puede contar con las humanas amistades? ¿Confiarían sus secretos á un desierto? El desierto resuena siempre á los oídos del crimen con el estruendo de aquellas trompetas que el parricida Neron creía oír en torno del sepulcro de su padre. Cuando la naturaleza y los hombres se muestran implacables, dulce es encontrar un Dios que perdona. Solo la religion cristiana ha hermanado la inocencia con el arrepentimiento.»

El hombre, como dotado de razon y de la conciencia del bien y del mal, si es delincuente continuamente le está atormentando, trayendo á su espíritu inquieto y desasosegado, sin que descansa ni se tranquilice hasta que una mano ajena le extraiga la espina del dolor motivo de su inquietud. ¡Cuán profundamente filosófica es esta inscripcion que se ve en el fróntis de algunos confesonarios de Italia: «Aquí se atienden los ayes de los prisioneros.»

Es natural al hombre este malestar hasta verse perdonado. El tierno niño que ha quebrado un vaso, no descansa hasta que su madre lo sabe, castíguele despues ó no le castigue; y el criado que por su descuido ha sido causa de que perezca el ganado de su amo, tampoco sosiega hasta que este lo sabe, despídale luego ó no le despida. Los legisladores antiguos conocieron esta necesidad de comunicacion del crimen, y la utilizaron en su sistema penal como un castigo riguroso. «Abandonad al malvado á su propio corazón en una profunda soledad,» dijo Carondas en Grecia (\*).

Fuera de la confesion, ¿presenta la sociedad alguna otra institucion ó algun medio por el cual arroje de sí esa inquietud interior y ese desasosiego? ¿Responde ó satisface de alguna manera ese constante anhelo que tiene de perdon? La

(1) *Ensayo*, tomo 3.

(\*) Oigamos la oportuna comparacion que sobre el particular hace Orígenes. «Del mismo modo, dice, que aquellos cuyo estómago se halla pesadamente sobrecargado con un alimento indigesto, con humores y flemas, si consiguen vomitarlas se hallan aliviados al instante; así el pecador que oculta y retiene en sí mismo sus culpas, se halla interiormente oprimido y sofocado como por el humo y la flema del pecado. Pero cuando llega á ser su propio acusador que denuncia y confiesa «su estado, vomita al momento con el pecado la causa de la enfermedad.» (*Homil. II in Psalm. XXXVII*).

sociedad podrá decirle: *anda, la ley te perdona*; pero esto no le basta, esto no le satisface, esto no le tranquiliza, porque este perdon de la ley no le justifica ni le lava interiormente, ni purifica su conciencia: necesita oír estas palabras: *Vete en paz, tu conciencia está limpia*; palabras que únicamente puede dirigirle aquella institucion; conciencia que únicamente ella ó su suplemento pueden purificar.

En el confesonario se impele al hombre al amor de los hombres, se extirpan sus odios y sus rencores, y se hacen los mayores esfuerzos para unirle á ellos fraternalmente, inculcándole los principios naturales, y bosquejándole las hermosas consecuencias de su práctica y observancia. Resulta, pues, que la confesion católica, refrenando los crímenes, exime al hombre del temor y del sobresalto que causa su frecuencia, arroja de sí la pena y la tristeza profunda que le causaba el delito de que le purificó el sacerdote á quien lo participó, y le asegura el perdon del mismo, la tranquilidad de su espíritu y la quietud de su conciencia. ¿Puede creerse humana una institucion tan inmensamente social, tan ventajosa, tan benéfica y tan sublime? ¿Podrán la herejía y la impiedad llevar su osadía y su desfachatez hasta el extremo de llamar dura y despótica una institucion que como la confesion católica todo lo suaviza, todo lo consuela, que tiende á emancipar al hombre de la esclavitud de las pasiones, que siempre le emancipa de la esclavitud del dolor y de la pena, y por último, que lo extrae de la mayor de las esclavitudes de esta vida, el *pecado*, y le evita la esclavitud eterna y horrorosa de la otra, el *infierno*? ¿Podrán apellidar con razon ni con justicia, *potro de las conciencias, carnicería de las almas, foco de tristeza y de humor perverso* (1), una institucion que como la confesion católica arranca á esta los remordimientos con toda su crueldad y su angustia, y les comunica la paz y la alegría? ¿Se quiere una prueba negativa pero elocuente? Vedla en ese horrible catálogo de suicidios que ofrecen los pueblos en que se abandona la confesion.

Pero basta lo dicho, que ya antes se nos ha ofrecido ocasion de hablar sobre esta materia.

(1) El autor del *Cuadro de los Santos*, citado por Bergier, *Tratado Histórico*, parte 3, cap. 10.

§ III. — *Resurreccion de la carne.*

«No toda carne es una misma carne; una es la de los hombres y otra la de los animales (1).» La resurreccion de la carne es un dogma fundamental cuya creencia no ha sido desconocida tampoco entre los pueblos paganos. El *Zend-Avesta* ó libro sagrado de los persas, v. g., parece en esta parte dictado por Job ó Isaías. Platon la consignó tambien en su *Politica*, como recordaba Arnobio (2) á los gentiles que se mofaban de este dogma.

«*La resurreccion de los muertos, consuelo y confianza de los cristianos* (3).» Así principia Tertuliano su libro *De resurrectione carnis*.

Efectivamente: el dogma cristiano de la resurreccion contribuye tambien muy poderosamente á suavizar y desterrar la pena del hombre. El Apóstol escribia á los tesalonicenses (4), que le tuviesen presente para su mútuo consuelo. Coloquemos, como ya hemos hecho, un incrédulo junto á un verdadero cristiano, en relacion ambos con este dogma, y observaremos en el uno el consuelo, y en el otro la desesperacion. Aquí nos será preciso repetir lo mismo que ya dijimos anteriormente.

Al incrédulo que sufre los horrores de la indigencia, que se ve afligido de dolores y enfermedades, precursores de la muerte que ya descubre entre tristes celajes, ninguna lisonjera esperanza le queda que derrame un bálsamo sobre estos sufrimientos, volviéndoselos por el contrario mas crueles la desoladora persuasion de que despues de muerto no volverá otra vez á la vida, á una vida exenta de aquellos dolores que le remunere los que en el mundo sufrió; mientras que el creyente calma los dolores de su cuerpo con la firme esperanza que su fe le inspira, de que llegará un dia en que se levantará del sepulcro sano y en su mayor lozanía. El incrédulo á quien la inexorable parca arrebató un padre, un hijo ó un amigo, acibara mas y mas sus lágrimas conside-

(1) «Non omnis caro eadem caro, sed alia quidem hominum, alia vero pecorum.» (*I Cor.* xv, 39).

(2) *Adversus Gentes*, lib. II, num. 13.

(3) «Fiducia Christianorum resurrectio mortuorum.»

(4) «Consolamini invicem in verbis istis.»

rando que jamás volverán sus ojos á verles despues que los oprimió la tierra; mientras que el creyente enjuga las suyas, columbrando allá en venturosa lontananza aquel dia en que les verá llenos de vida y de vigor alzar la pesada losa que les cubre. ¿No es aquella persuasion del incrédulo lo mas desconsolador, atroz para cuantos sean verdaderos padres, hijos, esposos ó amigos? Esta filosofia no es nueva. Allá en la antigüedad probó de una manera sólida Plutarco á los epicúreos, «que la doctrina que niega la existencia de «Dios y la inmortalidad del alma, priva al hombre de todo «consuelo durante la vida, y le reduce á la desesperacion y «á la muerte.»

Al padre le consuela de la muerte de sus hijos la seguridad que tiene de que esta muerte no constituye una pérdida, sino una separacion ó ausencia temporal, una traslacion momentánea, y que un dia le serán restituidos (1). Al huérfano le consuela la idea de que su orfandad no es absoluta ni eterna, y que llegará un dia que le despojarán de su epíteto desconsolador. ¡Ay! al incrédulo arrebató su impiedad tan consoladoras esperanzas: él se priva voluntariamente del lenitivo mas eficaz de sus enfermedades, de sus dolores y de sus desgracias. ¡Insensatos! Si apreciases como debieran su felicidad temporal, si alguna vez la hubieran saboreado, no despreciarian un dogma tan consolador y tan benéfico para la humanidad doliente y afligida, y esto, aun en el falso supuesto, de que no es nuestra intencion directa separarles, de que este dogma de la resurreccion sea ficcion é impostura. «Caballero, decia Luis XVI á su defensor «Malesherbes la víspera de marchar al cadalso, sé que sois «filósofo; pero si sufrierais tanto como yo, y fuérais como «yo á morir, os desearia mis sentimientos religiosos, porque «os serian mucho mas consoladores que la filosofia (\*).» Hermosas palabras, dogmatizadas, digámoslo así, por la ocasion en que fueron proferidas.

Lo que este infortunado Soberano deseaba á Malesherbes se realiza con frecuencia. ¡Cuántas veces los grandes aconte-

(1) «Non ad consumptionem eorum emittis manum tuam, et si corderint ipse salvabis.» (*Job*, xxx, 24).

(\*) No tardó en seguirle al patíbulo con su hija y su nieta, y probablemente se acordaria de estas palabras, y le servirian de provechosa leccion en momentos tan terribles.

cimientos de la vida fuerzan á los incrédulos á rendir en esta parte homenaje á la religion cristiana!; Ah! no son ellos los incrédulos, sino su vida sensual y aturdida. Una vicisitud de la inconstante fortuna los abisma en el dolor, y se hacen creyentes. El dolor tiende á la fe.

Hay algunos sofistas que están liberales con el Evangelio respecto de este dogma. Rousseau impugnando el milagro de Jesucristo consistente en la resurreccion de Lázaro, espera que se inventará con el tiempo un medio natural de resucitar los muertos. Condorcet avanza mas aun. Anuncia que se ha de inventar el de no morir. Por lo menos ha sido una felicidad el que no se descubriesen estos secretos antes de morir ellos.

#### § IV. — *Vida perdurable.*

Tampoco pretendemos probar detenidamente la verdad ni la necesidad de la vida eterna. Esto lo han demostrado hasta la evidencia los innumerables escritores que tan sabiamente han manejado el tratado de la inmortalidad del alma, la necesidad de otra vida mejor y duradera, en que sea reparada la inocencia, satisfecha la justicia, castigado el crimen, y saciados los deseos de nuestro corazon. Véase, sin embargo, cómo discurría sobre esta materia la misma filosofía gentílica:

«Es necesario, dice Platon (1), creer á los legisladores y á las tradiciones antiguas (nótese), y particularmente por lo que respecta al alma, cuando nos dicen que es cosa enteramente distinta del cuerpo, y que es lo que cada uno llama yo; que nuestro cuerpo no es mas que una sombra que la sigue; que este yo del hombre es positivamente inmortal, que es lo mismo que llamamos *alma*, y que ha de dar cuenta de sus acciones á los dioses segun lo enseñan las leyes patrias: creencia tan consoladora para el justo, como terrible para el malvado. No creais que esta masa de carne que enterramos por acá sea el hombre, y sabed que ese hijo, ese hermano á quien creemos dar sepultura, ha pasado á otra region despues de haber cumplido en esta lo que aquí tenia que hacer. Esto es lo cierto, aunque la prueba exigiria largos discursos, y es menester creerlo bajo la

(1) *De legibus*, oper. et 9, edit. Bip.

«palabra de los legisladores y de las tradiciones antiguas, como no hayamos perdido enteramente el juicio. Debemos, por lo tanto (1), prestar siempre entera fe á la antigua y sagrada tradicion que nos enseña que nuestra alma es inmortal, y que recibirá de un juez inexorable los castigos que hubiese merecido (\*).»

(1) *Epist. VII*, oper., 11.

(\*) Transcribiremos la carta que copia Mr. Augusto Nicolás en sus *Estudios históricos*, dirigida por un sujeto que vió perecer en un momento su numerosa familia compuesta de siete hijos, la esposa y una cuñada, á un amigo precipitado en el escepticismo, para que se vea el poder grandioso de la fe, y la asombrosa influencia consoladora del Cristianismo, para el que no hay calamidad en la tierra que exceda sus consolaciones:

«Tierra Baja 14 de febrero de 1843.

«Mi carísimo amigo...

«Mi afliccion no ha sido tan amarga como algunos se figuran... porque, no lo dude V., hay creencias que consuelan y condiciones que en cierto modo recompensan las mayores pérdidas, y unas y otras son tan profundas, que mis relaciones intelectuales con los míos no han sido interrumpidas. Yo les consulto, y el corazon, que es el solo órgano de comunicacion que me queda con ellos, ve sus resoluciones y oye sus respuestas: y mi conciencia, que pisa á mi razon, es la que decide mi juicio. Persuádase V., amigo mio, que en el hombre hay *mas que barro*.

«Al ver que en menos de dos minutos me eran arrebatados todos estos cuerpos que cubria una hermosura admirable, no hermosura precisamente material que consumen los gusanos con tanta prontitud, sino que alumbran con un destello celestial la virtud y la inteligencia: al ver que volvía á entrar de nuevo en el polvo la parte de barro de los míos, mi perdicion era inevitable si la nada hubiese sido en mi espíritu el último término del hombre... Mas ahora mi espíritu se halla en la calma, está tranquilo y resignado. Inclino con respeto mi cabeza bajo la mano que ha querido que las cosas se modificasen de esta manera, y todavía va mas lejos mi resignacion porque le doy por ello las gracias... sabiendo como sé que no es dirigida sino por principios de eterna justicia. Y al permitirme que yo pudiese apreciar todo lo que tenia de grande, de noble y celestial la reunion de los objetos que me han sido quitados, me ha hecho conocer el Señor que me ponía en la situacion de ser un injusto ó un mentecato si llegaba á suponer que no ha tenido un fin digno de su grandeza en todo lo que me ha sucedido.

«No dude V. bajo la palabra de su antiguo amigo que Luisa es inmortal... que Victoria y Estefanía son inmortales... que mis tiernos niños, que eran tan inocentes y agraciados, son tambien inmortales... y que esta virtuosa Malvina que fue una santa y una mártir es inmortal. Pensar de otra manera seria pisar todas las afecciones que están basadas sobre la virtud para poner en su lugar las huecas é insensatas teorías y los sofismas de una razon ignorante y presuntuosa.

«En este momento me hallo dominado por dos fuertes impresiones, la de la verdad y la del afecto que le profesó á V., mi caro amigo... ¡Oh! cuánto deseo que participe V. de las creencias que son las únicas que pueden hacerle á V. feliz! Pero mi situacion es demasiado extraordi-

«Es ventajoso, escribe tambien Plinio (1) (á pesar de que «no creia en Dios ni en la providencia), confundiendo á los «deistas, que se crea que los dioses cuidan de las cosas hu- «manas; que si los criminales tardan muchas veces en su- «frir el castigo por motivo de la multitud de cuidados de «que Dios está ocupado, jamás se libran del castigo; que «el hombre no fue criado semejante á Dios para aproximar- «se á los brutos por la bajeza de sus inclinaciones.»

«Sin duda, decia Sócrates dirigiéndose á un interlocutor, «sin duda consideras estas relaciones (acerca de la inmor- «talidad del alma) como cuentos de una vieja imbécil, y las «desprecias. Yo las despreciaria tambien, si en mis investi- «gaciones hubiese encontrado algo *mas saludable* ó mas cuer- «to (2).»

No harémos mencion de Ciceron (3), de Séneca, aunque es- tóico, ni de otros filósofos que probaban la verdad de la in- mortalidad del alma entre otras cosas con el testimonio de toda la antigüedad (4), y con el consentimiento de todos los hombres (5), llamándola en su virtud opinion *antigua y sa- grada* (6). No aducirémos los testimonios mismos de los im- píos modernos, Bayle, Bolingbroke, Voltaire y otros que han confesado perderse esta creencia en la oscuridad de los tiempos, observarse vestigios suyos entre los pueblos sal- vajes, mas antiguos que nuestros conocimientos históri- cos (7), y hallarse establecida sólidamente en el espíritu de las primeras naciones conocidas, y aun el ser debidos á ellas la perfeccion y el mérito de la virtud (8). Tampoco nos detendrémos en presentar detalladamente establecida esta creencia entre los egipcios, los cananeos, los caldeos, los

«maria para permitirme la satisfaccion de dar con el discurso un asalto «al entendimiento de V., y obtener lo que mi afecto no me permite es- «perar sino de la fuerza de las convicciones.

«Adios, mi siempre caro amigo. Sírvasse V. presentar mis respetos á «su señora y familia, y disponga de su antiguo amigo y S. S. Q. B. S. M. «Nadau des Ilets.»

(1) *Historia natural*, lib. II, cap. 7.

(2) Platon, *Geórgicas*.

(3) *Cat. maj.* cap. 4; *Tuscul.* lib. I.

(4) *Ibid.* y Platon en el *Phedon*.

(5) Ep. CXVII.

(6) Platon.

(7) Citas de Bergier, *Tratado histórico*, parte 1, cap. 6, artículo 3.

(8) Shaftesbury, *Característicos*, citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 1, cap. 6.

persas, los indios, los chinos, los scitas, los celtas, los bre- tones antiguos, los griegos, los romanos, entre los habitan- tes del Nuevo Mundo y los salvajes mismos. Todos, «todos «los pueblos de la tierra han estado persuadidos de que el «sueño no es duradero aun en la tumba, y que la muerte no «es mas que una transfiguracion gloriosa (1).»

«Esto, escribe san Agustin, es lo que nos grita la natura- «leza, lo que el género humano anuncia en todo el univer- «so.» «¿Quién hay, pregunta tambien, tan idiota, aun en «los mas remotos climas, ó qué despreciable mujerzuela «existe que no crea la inmortalidad del alma (2)?» Y «¿quién «duda, como dice Ciceron (3), que un consentimiento univer- «sal de todos en alguna cosa es preciso nazca de la ley de la «naturaleza?»

En la apoteosis que siempre hizo de los héroes, en el em- balsamamiento de los cuerpos, en las viandas funerarias, en la evocacion de sus manes, y en las ridículas transforma- ciones de la metempsicosis, que en general profesó y profesó el Gentilismo, y aun en el culto fúnebre, digámoslo así, de todas las naciones, tenemos tambien una prueba, prueba que tan oportunamente y tan chistosamente á veces (\*) utilizaron Tertuliano, Arnobio y demás apologistas contra los paganos herejes, y tan incontrastable como terrible de esa creencia universal de la inmortalidad del alma, cuyo primer autor con- fiesa Ciceron que no puede citarse (4). Y preciso es que entre los indios constituya esta creencia uno de sus dogmas mas fundamentales é indefectibles cuando se quitan la vida para gozar cuanto antes de la eterna felicidad. «Tan peligroso «es, advierte oportunamente aquí Bossuet (5), enseñar la «verdad en otro órden distinto de aquel que Dios ha segui-

(1) *Genio del Cristianismo*, parte 1, lib. VI, cap. 3.

(2) «Quis nunc extremus idiota vel quæ abjecta muliercula non cre- «dit animæ immortalitatem, vitamque post mortem futuram?» (*Epist. ad Volusianum*, cap. 3, num. 12).

(3) *Tuscul.* lib. I, cap. 13.

(\*) «El vulgo se burla de la inmortalidad, pero se contradice con sus «hechos, de los cuales yo me rio. Queman cruelmente los cadáveres, «y despues los tratan opíparamente.» «At ego magis ridebo vulgus, «tunc quoque, cum ipsos defunctos atrocissime exurit, quos postmo- «dum gulosissime nutrit, iisdem ignibus et promerens et offendens.» (*Lib. de resurrectione carnis*, cap. 1).

(4) *Tuscul.* lib. I, num. 55.

(5) *Discurso sobre la historia universal*, parte 2.